ANGEL RAMA

El tigre en el flotante camalote

DIBUJO DE MINGO

La serie de informaciones periodísticas sobre financiamiento de organismos culturales por parte de la CIA en el país y en el extranjero —serie cuyo fin no parece cercano y cuyos primeros capítulos pretextaron algunas indignadas negativas que, desde la perspectiva de hoy, resultan, para decir lo menos, imprudentes— impone algunos deslindes y reflexiones. Conviene evitar el anecdotario jamesbondiano en que para algunos se resuelve todo el problema, comprender qué significa y qué pretende la CIA con estas intervenciones y, sobre todo, entender a la luz de estos hechos la necesidad de una política cultural de tipo nacional.

POR suerte los juegos casuísticos de quienes quieren disfrutar de las regalías y a la vez sentar plaza de honorables, han entrado en quiebra (recuerdo la carta de un intelectual a un desconfiado colaborador de una revista literaria pidiéndole que leyera bien las denuncias del "New York Times" sobre financiamiento por la CIA del *Congreso por la Libertad de la Cultura* y que observara que no afirmaba, sino que sólo se hacía eco de un rumor: "se dice que..." A esta altura, como diría el buen Darío, el rumor es un clamor continental). Si estamos en la hora de la verdad, es higiénica una consideración clara del problema, sin tapujos ni melindres.

Dentro de los planes de la CIA entraron, y al parecer desde la época de la guerra fría, las actividades culturales: tanto las universitarias como las artísticas y literarias y desde luego los distintos organismos que agrupan a profesores, estudiosos, estudiantes, etc. De esta tarea estarían informados los presidentes de Estados Unidos, pero no los parlamentarios y autoridades mayores del país. Wayne Morse señaló el año pasado que cuando el Senado contrató por una alta suma un informe objetivo sobre América Latina al *Centro de Estudios Internacionales* del famoso *Instituto Tecnológico de Massachussets*, ignoraba que ese organismo hubiera sido fundado por la CIA, la cual lo sostenía económicamente. De otro modo no lo hubiera pedido, ya que lo que necesitaba era un típico informe universitario, independiente y crítico, que fuera de ayuda al Senado para trazar su política.

Al parecer el interés de la CIA en la vida cultural, es de dos tipos: A) una tarea específica de espionaje para la cual utiliza estudiantes, miembros del Cuerpo de la Paz, etc., en el extranjero, recabando datos o estableciendo vinculaciones a esos fines; B) un intento de neutralizar los movimientos independentistas de estudiantes, profesores e intelectuales, cuando no puede transformarlos en peones de su guerra obsesiva contra el comunismo mundial. Claro que entendiendo por tales, agrupaciones como la de Juan Bosch o los peronistas en la Argentina.

Como el financiamiento directo por parte de la CIA resulta hueso duro de roer para intelectuales, por demócratas que sea, —aunque ahora se informa que lo recibía la revista "Cuadernos" y su director German Arciniegas— se utilizaron las consabidas fachadas, especialmente la red de fundaciones norteamericanas. Hubo quienes afirmaron enteramente legítimo recibir dinero de la *Fairfield* para financiar el *Congreso por la Libertad de la Cultura*, como si los fondos privados no respondieran a los intereses sociales, políticos y culturales de quienes los conceden. Lamentablemente se descubre a posteriori que a su vez la *Fairfield* recibe dinero de la CIA, y que ésta ha financiado indirectamente una nutrida serie de universidades, congresos, revistas, simposios.

Es prudente recordar que la CIA no es el único centro que encara estas tareas. El Pentágono dispone de un fondo anual de 32.000.000 de dólares nada más que para investigaciones sociológicas y ha comprado equipos enteros de estudiosos para sus fines militares específicos, dentro de los cuales entra la investigación y la diagnosis sociológica de distintas zonas del planeta, incluidos nosotros. La CIA goza de un merecido desprestigio pero sería demasiado candoroso creer que es un Ku Kux Klan al margen de la ley dedicado a perjudicar a los Estados Unidos y no un engranaje de la política que el país cumple en el mundo, aunque especialmente referido a los asuntos sucios.

Incluso los organismos norteamericanos como el Centro de Estudios Internacionales que se han desligado de la CIA a consecuencia de esta campaña, lo han hecho, como ha dicho el senador Robert Kennedy, "no porque creyeran que su integridad académica estaba comprometida, sino por las sospechas y la desconfianza que esa situación inevitablemente le acarrearía en el exterior". Me parece una actitud por lo menos coherente: nada de jugar a los inocentes, amparándose y descansándose en que hay otros que se encargan del trabajo sucio; tengamos en cambio la honestidad de reconocer la responsabilidad nacional, parecen decir, de modo que si abandonamos este financiamiento es sólo por razones estratégicas.

Importa señalarlo porque no faltarán en breve quienes utilizando el esquema jamesbondiano se rehusarán a recibir dinero de la CIA, directa o indirectamente, pero estarán dispuestos a recibirlo de otras fuentes para seguir cumpliendo la misma política. Considerarán que su conciencia está en paz y persistirán en el error y en dañar nuestros intereses latinoamericanos.

CREO que ahí está el quid de todo el problema, el verdadero centro que se pretende escamotear con estas historias rocambolescas que llenan nuestros diarios. El problema no está estrictamente en quién financia sino en la política intelectual que se realice con esos fondos, y mucho más que a la historia que nos cuenta *Ramparts* con las idas y vueltas del dinero deberemos atender a cuáles son los fines a que se destinan esos fondos.

Como ya hemos dicho alguna vez, y como seguramente seguiremos repitiendo, lo grave es la política antinacional y antirregional que se cumpla, esté financiada o no por los Estados Unidos. Y si este último punto tiene su interés es nada más que para detectar las orientaciones de la política norteamericana en el momento actual. Hasta ahora no he visto que las fundaciones norteamericanas que obtienen sus recursos de las grandes empresas privadas y los grandes consorcios capitalistas, se dediquen a financiar una campaña para limitar el derecho de propiedad y a favor de las estatizaciones de las riquezas nacionales en los distintos países del planeta; exactamente al contrario, o hacen la publicidad de las improbables ventajas para nosotros de ese sistema con la instalación de fábricas en nuestros territorios, etc., o escamotean el tema financiando exposiciones de bellos cuadros y comprometiendo a los intelecetuales y artistas en un semisilencio. Hasta ahora no he visto que esas fundaciones o los organismos oficiales norteamericanos financien enormes campañas contra el imperialismo, a favor de la independencia política y económica de nuestros países, a favor de la dignificación social de nuestras comunidades; exactamente al contrario, hablan del diálogo y la confraternidad o se dedican a bellas publicaciones de literatura pura donde algunos intelectuales reciben su pitanza.

Lo grave, insisto, es la política que se realice. El Dr. Sadovsky decía recientemente que había que pertrechar a los técnicos de nuestros países con una recia formación nacionalista, para defender nuestros recursos humanos de la succión imperial. Del mismo modo, toda vez que se encare un trabajo que acarree la financiación exterior —cosa difícil de evitar en nuestra época internacional— y daños nuestros magros recursos— lo importante es saber qué utilidad tiene para nosotros, en qué medida contribuye a nuestro auténtico desarrollo intelectual, cómo sirve a nuestros intereses nacionales y latinoamericanos. El dinero puede venir de quien sea si se cumplen esos preceptos: se descubrirá muy pronto que comienza a escasear y se sabrá entonces que, por duro que sea, estamos en buen camino. Quizás nos ayude a comprender la necesidad urgente de un plan orgánico para el desarrollo de la ciencia y las artes, hecho con verdadero sentido nacional.

Para los muchos hombres honrados que han entrado en el juego sin darse cuenta, conviene reflexionar acerca de los movimientos que estaba dispuesta a financiar la CIA y sus fachadas, porque evidencia los cambios que se han producido en el mundo en los últimos diez años. No se trata de sostener organismos derechistas y retrógrados —cosa que seguramente seguirán haciendo para poder manejar toda la baraja— sino a un organismo como la NSA que "apoyó a los estudiantes contra el reclutamiento, se opuso a la guerra del Vietnam y participó en la lucha por los derechos civiles", porque en general, dice el informe de *Ramparts* "a la CIA le interesa plantear alternativas al comunismo en el mundo subdesarrollado, aun cuando la única alternativa sea una izquierda moderada". En la medida en que el Tercer Mundo avanza hacia su independencia real, las líneas de resistencia a este progreso se sitúan en esos "moderados" dispuestos a traicionar la transformación a fondo que necesita nuestra comarca para salir del subdesarrollo. Criticar la guerra del Vietnam, la persecución a los negros o los tabúes sexuales en USA, son exquisiteces consentidas a cambio de no tocar la acción del imperialismo sobre América Latina y los derechos de Estados Unidos a usar en su interés de nuestro trabajo y nuestros recursos. (Una revista literaria se permitió recientemente el lujo de publicar un artículo sobre Santo Domingo sin hacer una referencia a que el ejército norteamericano tenía ocupada militarmente la isla violando todas las disposiciones del derecho internacional.)

HAY otro aspecto del sometimiento cultural a los grandes consorcios y gobiernos, que daría para un análisis más extenso. En su momento lo denunció Wright Mills y los académicos de su país hicieron oídos sordos. Ahora lo acaba de reiterar un profesor norteamericano en uno de los mensajes más patéticos que yo conozca. Se trata de Stanley Sheinbaum de la *Universidad de Michigan* quien fue contratado con todo su equipo para una investigación sociológica en el Vietnam del Sur, quien realizó su tarea y que, como otrora Oppenheimer, reconoció al fin lo atroz de esta entrega de las capacidades intelectuales a los poderes del estado. Dice así:

"Los profesores de la Universidad del Estado de Michigan intervinieron en todos los niveles. Aconsejaron sobre la técnica de la toma de impresiones digitales, sobre contabilidad, sobre presupuestos del gobierno y aun sobre la escritura de la Constitución de Vietnam del Sur. Uno fue inclusive instrumento en la elección del presidente de Vietnam del Sur. Pero en todo esto ellos nunca discutieron la política exterior de los Estados Unidos que los había colocado allí, y a la cual, por lo tanto, estaban apoyando.

"El siguiente artículo sobre la complicación de la Universidad de Michigan en Vietnam es sólo un estudio especial de dos errores críticos en la actual vida educativa e intelectual de Norteamérica. El primero y más patente es la desviación de la universidad de sus funciones y deberes de erudición y enseñanza. El segundo se refiere al fracaso del intelectual académico para servir de crítico, conciencia y faro. Este fracaso es especialmente grave en política exterior y de ahora en adelante influirá mucho en el modo de vida de nuestro país.

"Este fracaso nos ha dejado al garete. Carecemos de perspectiva histórica. Hemos sido acostumbrados, por la enseñanza que se nos ha dado en ciencias sociales a no hacer la pregunta normativa; no poseemos ni la inclinación ni los medios para apreciar y juzgar nuestra política exterior. Sólo tenemos capacidad para ser peritos y técnicos al servicio de esa política. Esta es la tragedia de los profesores del estado de Michigan; todos hemos sido fríos guerreros automáticos.

"En todas las universidades desde Harvard hasta la del estado de Michigan la historia es la misma. El profesor de ciencias sociales preparado (no educado) para evitar los grandes problemas, fuera de la universidad está sirviendo de perito para el gobierno o para el cliente industrial cuyas hipótesis adopta inmediatamente. ¿Dónde está la fuente de una seria crítica intelectual que nos ayude a evitar futuros Vietnames? La controversia ideológica sería ha muerto, y con ella las perspectivas de enjuiciar".

Este comportamiento denunciado por Sheinbaum es el que se nos propone. Un imperio no sólo incorpora las zonas marginales a su estructura económica, sino también las actividades intelectuales. No es por perversidad que lo hace, sino por simple derivación del funcionamiento de su sistema. De ahí que nuestra vida académica y cultural comience a enfeudarse a los Estados Unidos, que existan ya los apresurados dispuestos a recibir cualquier encomienda. Para ilustrar el problema contaré una pequeña anécdota que el profesor Wschebort me trasmitiera. Hace años la Universidad recibió el encargo de estudiar el camalote. Al parecer una planta bastante inofensiva, útil para el paisaje y para la tarea de los poetas románticos. No era evidente, me decía, la necesidad de estudiar el camalote, pero dado que había un financiamiento generoso así se hizo, disponiendo los recursos humanos necesarios. La explicación radica en que el camalote es una planta perniciosa en los ríos de los Estados Unidos y era ésa una posibilidad de obtener la contribución, bastante económica por cierto, de un equipo técnico sudamericano para solucionar un problema nacional de los Estados Unidos.

Al parecer, como en el verso de Zorrilla de San Martín, en esta candorosa proposición también venía "el tigre en el flotante camalote".